

# Tragedia y dolor de la Argentina en Eduardo Mallea

Luis Eduardo NIETO ARTETA

La Argentina de Mariano Moreno y Bernardino Rivadavia fue un primer balbuceo de la nacionalidad. Era entonces la nación una bella ilusión prendida en los corazones de los patriotas porteños. La Argentina es en aquella época una teoría de iluminados y fervorosos espíritus. Las provincias gauchescas y bárbaras destruyen los anhelos nacionalistas de los hombres que querían construir desde Buenos Aires a la nación. No había todavía condiciones objetivas para la formación de la nacionalidad y para la organización jurídica del Estado.

En la nueva jornada histórica de la Organización Nacional, eliminada la disolución que sufrió el Estado en la época de la dictadura de don Juan Manuel de Rosas, la Argentina es una nación, pero una nación que se organiza en medio de los más fervorosos e intensos anhelos nacionales. Hay impulsos generosos, hay capacidad creadora, esa capacidad creadora que hace la alegría humana de las épocas que jalonan la historia, hay el deseo de superación constante de los anhelos y de las aspiraciones, hay el gozo que produce en los espíritus la indeficiente creación.

Deseo y realidad! Nunca fue tan íntima y permanente su unión como en los años que siguen a 1852. El hombre argentino configura a su arbitrio la realidad social de la nación. Hay una relación especial entre el deseo y la realidad que destruye las oposiciones que pueden separarlos. La realidad es dócil al deseo; el deseo subyuga y transforma a la realidad.

Tiene la Argentina una poderosa e inexhausta posibilidad de asimilación, porque es una nación que vive la más profunda y en-

trañable alegría histórica. Los inmigrantes llegan a las márgenes del Plata y son poseídos espiritualmente por la Argentina, por los valores humanos que ella encierra, por el gozo indefinible de las creaciones históricas que la animan.

Pero disfruta esa época de una deleznable condición cultural. Es el positivismo, es la afirmación de la posesión de la riqueza por la misma posesión, es el pragmatismo, es la pura afirmación del progreso material. Posesión y riqueza! El objeto y el sentimiento de su tenencia! El hombre vertiéndose íntegro sobre las cosas materiales. El espíritu gozando la fruición de la desnuda posesión de la riqueza objetiva, de los bienes útiles pero con una limitada utilidad.

En la generación de los proscriptos, en la de Montes Caseros ese sentido positivista de la existencia humana, adquiere especial vigor, obtiene una nítida definición. Juan Bautista Alberdi es la más perfecta expresión de esa tendencia, de esa posición ante la vida.

Mas en aquella época el deseo de modificar la expresión cuantitativa de la vida argentina podrá contribuir poderosamente a la formación de la Nación. Ese deseo es un anhelo espiritual que crea condiciones adecuadas para la misma vida del espíritu. La tendencia a la modificación, a la superación de los supuestos materiales de la existencia humana, espiritualiza los anhelos, los deseos que tiendan a esa modificación, que persigan esa superación. La Argentina de aquella época, época de profundos y frenéticos anhelos, del nacimiento heroico del hombre argentino, es una Nación que aun siendo pragmática y positivista, posee una humana espiritualidad. El espíritu vive y tiene que vivir en aquella época en función de la materia. Era la primera hora de su existencia, era el amanecer de su individualidad, era el gozo primero del contacto entonces fecundo con la materia.

\* \* \*

Hombre y Sociedad! Hay siempre una inevitable socialización del hombre. Vivimos en posición de contacto social con el mundo, con los demás hombres. El hombre sufre la dominación de la historia. Nos subyuga y nos agobia la vida social que sobre nosotros gravita, que contra nosotros lanza sus agonías, sus anhelos, sus tristezas. La Sociedad se hace realidad espiritual en el hombre. Sus armonías y sus tragedias son armonías y tragedias espirituales del hombre. Hay épocas de inefable tranquilidad en el hombre, pero

hay también épocas de tremendas angustias, de desgarramientos indescriptibles. Amor, gozo y contemplación en las jornadas de orgánica existencia social. Hastío, tristeza y dispersión en las épocas de crítica vida social. O una vinculación con el mundo, o una fuga y evasión.

En las jornadas históricas de crisis hay dolor y gozo en el dolor. En los momentos de apacible vida social, hay amor de la vida y gozo en la posesión de las cosas materiales.

El realismo y el subjetivismo son las dos posiciones del hombre ante el mundo que separan y distinguen los dos momentos que pueden diferenciarse en la existencia social. La crisis suscita una actitud subjetiva. La bonanza histórica, la vida orgánica producen una posición realista. En ésta el positivismo es el contenido de la vida intelectual del hombre. En aquellos momentos de crisis el espíritu humano, el inconforme espíritu humano plegándose sobre sí mismo, incurre en actitudes de hermoso pero desgarrador subjetivismo. El yo se escapa o se deja poseer mansamente por las cosas, por los objetos que lo persiguen y lo asedian.

Espíritu, Cultura y Sociedad son los tres hechos humanos que concretan las dimensiones del hombre en su relación con los supuestos de su existencia social. La realización individual de los valores, la creación de productos humanos que disfruten de una determinada intencionalidad de valor y la formación de relaciones permanentes con los demás hombres que poseen un cierto contenido humano, son los tres fenómenos sociales que nos suministran el sentido de la posición del hombre ante el mundo. Por eso, hay angustia en los momentos de crisis, porque en tales momentos el Espíritu no realiza valores, la Cultura no crea productos valorativamente intencionales y la Sociedad no es un conjunto de relaciones humanas que posean un contenido igualmente humano. Por idénticas razones hay placer y gozo en las jornadas de bonancible vida social, porque en ellas el Espíritu vive la dulce realización permanente de indestructibles valores, la Cultura crea y transforma permanentemente productos que disfrutan de vigorosas intencionalidades de valor y la Sociedad, ah! la Sociedad se humaniza bajo el placer de las humanas creaciones históricas.

\* \* \*

La primera actitud subjetiva del hombre cuando despierta a la inquietante y azarosa vida del Espíritu, es la de una inclinación hacia la tierra, hacia el paisaje. Una tarde gris, un día claro, una

mañana tibia y una noche solemne y majestuosa, suscitan en el hombre los primeros pensamientos espirituales y las iniciales angustias anímicas. Es que la tierra y el paisaje son una materia inerte que por serlo pueden recibir subjetivamente una sentimental interpretación, una ubicación cordial.

Paisaje y sentimiento! La sensibilidad hecha problema, el Espíritu anunciándose a través de las primeras complicaciones subjetivas. El hombre se asombra ante la tierra, ante la materia que lo rodea y que encierra insospechados significados, indefinibles sentidos. Hay un terror en este acercarse del hombre a la tierra, a la tierra fecunda y misteriosa que lo atrae con las caprichosas modificaciones de su estructura material. Es el terror que se encuentra en el comienzo de toda vida espiritual. Es el asombro que se halla en la iniciación de toda vida reflexiva.

En mi cercana adolescencia hay un recuerdo indestructible de ese primer nacimiento del hombre a la vida espiritual, a través del terror, de la primaria y radical contemplación de la tierra, del paisaje. Vivía en una ciudad costeña, —vientos marinos, salitre y yodo en la atmósfera, cielos brillantes—. Durante el invierno horribonas tempestades tropicales azotaban la ciudad en las horas nocturnas. Yo contemplaba el extraño color rojizo que presentaban las nubes. Y nacía a la reflexión y a la vida espiritual bogando sobre el ronco ruido de los truenos y sobre el viento huracanado que barría la ciudad. Eran las primeras horas, los primeros momentos de meditación, de interrogaciones, que desafortunadamente no encontraban ninguna respuesta.

El paisaje y la tierra hieren la sensibilidad y así se inicia entre los primeros dolores, la vida espiritual. Terror, contemplación de la tierra, sensibilidad y Espíritu son las jornadas amargas y dolorosas de la inicial vida anímica del hombre, de la existencia intelectual. Los paisajes son estados de alma, son una proyección del yo, el Espíritu se vierte sobre las cosas, generosamente, creadoramente.

Posteriormente el hombre encuentra al hombre, el yo dialoga con el tú. He aquí una nueva jornada, un nuevo momento tan pleno de inquietudes como el primero. Mas el terror y la angustia que el primer momento produce, són la imprescindible condición de las creaciones intelectuales. Sin la angustia tremenda y desesperante, sin las tragedias interiores, sin las indefinibles congojas, sin las recónditas melancolías el hombre no podría gozar de la dulce fruición de las creaciones intelectuales.

Hay una vivencia de la propia existencia que pugna por elimi-

nar la pura intuición de las esencias. Esencia y Existencia! O la comprensión, mejor la intuición de las esencias o la vivencia de la existencia, de la vida, de esa vida que no sospecha ni reconoce la intuición desnuda de las puras esencias. El tú es la existencia, la desesperante y angustiosa existencia. El yo es la intuición de las esencias, la comprensión, la lógica.

El hombre se refugia entonces en la soledad, en la gloriosa y fecunda soledad. Qué inmenso y vigoroso poder creador encierra la soledad. Es el encuentro del hombre consigo mismo. El yo destrozando al tú y reflexionando sobre sí mismo. Es el yo poniéndose.

\* \* \*

En una introducción al estudio de la obra de Mallea, "Historia de una pasión argentina", es necesario ubicar en la forma que se ha explicado antes, el sentido histórico y el hondo significado subjetivo que a ella la distinguen.

El autor argentino haciendo la historia de su vida espiritual, desde su iniciación, ese angustioso momento en que el Espíritu nace a su propia y adecuada existencia hasta la angustia que antecede y produce ella misma las creaciones intelectuales, ha descubierto que sus complejidades anímicas, que sus problemas eran una traducción, —el Espíritu en función de la Sociedad—, de los problemas, de las anomalías de esa realidad social que se llama Argentina.

"Mi primer contacto consciente con mi tierra tuvo ocasión entonces. Se nace o no se nace a este sentimiento; puede uno acaso vivir mil vidas sin rozarlo nunca. Nací yo a él en las largas horas solitarias de la ciudad del sur, cuando, de pie en un alto balcón trasero de mi casa, veía las infinitas lomas que iban a volcar la metrópoli en los médanos y el campo". "Tierra desierta y urbes, así era todo el país; tierra desierta y urbes, ruido vertiginoso y soledad. Y a medida que pasaban días... se iba mi ánimo adecuando cada vez con más extensión y profundidad a la forma de esa naturaleza circundante, planicie en la que nada resonaba sin tono tiernamente salvaje y taciturno".

Aquellos días eran días de descubrimiento, de reflexión, del conocimiento del Espíritu, del volcarse del Espíritu sobre las cosas. "Eran días de descubrimiento y en el terreno de lo humano como en el terreno de lo físico, tenía nuevos motivos de sorpresa y encanto...".

Eran el paisaje, la tierra argentinos, planicies, llanuras, ciudades en medio del desierto, cielos infinitos, los que habían susci-

tado en el adolescente Eduardo Mallea los primeros problemas espirituales.

“Eran días de descubrimiento...”. Sí, de descubrimiento. El Espíritu descubre, encuentra los problemas que lo angustiarán, que lo inquietarán y los descubre en medio de sorpresas, encantos y placeres.

La angustia de la propia existencia forma y produce el deseo del encuentro con el hombre. “Ya entonces presidía mis encuentros ocasionales una constante fatal: el llegar demasiado tardíamente al encuentro con los tipos humanos, no ya presentidos, mas activamente buscados por mi corazón”. “En esos años comencé a desear la proximidad de aquellas gentes cerca de quienes se pudiera realizar el aprendizaje de la inteligencia. Después, con el tiempo, esa hambre se transformó en otra, más profunda, menos incógnita, y fue la de buscar diálogo de amor con mujeres inteligentes, diálogo de amistad con hombres inteligentes, en no concebir ya edificio humano que no se alzara sobre la roca de una constante sensibilidad reflexiva”.

“Sensibilidad reflexiva”, la expresión no es simplemente ocasional, ni fortuita. Responde al sentido de esas primeras actitudes subjetivas del hombre a que antes aludí”.

“Nada de inteligencias infantiles; me interesaban los seres llenos de noche que solían hallar su lava y seguir adelante. No pura función, sino substancia de inteligencia”.

“Los seres llenos de noche”, Eduardo Mallea era ya uno de ellos. Vivía su noche angustiosa y amanecía al alba alegre de sus mañanas.

La angustia de la existencia, los terrores surgirían pronto. “La vida no tiene más que dos alimentos y el de la mía no era precisamente la acción. Cuando la acción no nutre una existencia de hombre, esa existencia se nutre de pasión en el sentido de padecimiento y sacrificio; a su vez, esta pasión puede ser consciente o ciega en el cuerpo que la sufre; si es ciega, el tormento es sobrellevable, la penuria se vuelve casi física; pero cuando es consciente, cuando es una pasión de la sensibilidad, entonces el hombre que la sufre vive desollado, sangrante, casi muerto a fuerza de vivir extremadamente”.

Mallea sufre en aquellos días “el terror al abismo, la desproporción del hombre”. Es la angustia creadora, el terror creador, el nacimiento definitivo de una ánima agitada por “un apetito terrible de perduración y de unidad”.

“Repentinamente, el sentido trágico del destino del hombre había hecho irrupción en mis noches de no dormir y en mis días de mucho pensar, errar y rumiar. Durante semejante crisis, qué asombro ver alrededor un mundo para quien la concepción de su propio destino ostenta una irresponsabilidad opaca y animal”.

Los problemas espirituales que explica en páginas excelsas de esta noble autobiografía Eduardo Mallea, habían surgido en virtud de una pugna entre el deseo de entregarse a la acción, a la existencia y la realidad de su vida que negaba la acción, que comprendía como un problema la misma existencia.

“La frecuentación de la filosofía sistemática me apartó por algunos instantes del mundo de lo objetivo, dramático y substancial, no por otra cosa sino por la falta de aptitud de mi espíritu para reducirlo a puras esencias, de cambiar la existencia por la esencia. Sordo a lo que se expresara meramente en términos de esencia, despierto sólo a lo que se expresara en términos de existencia, mi compromiso de alma era con los espíritus cuya preocupación nace de un estado de vida, de un conflicto o responsabilidad viviente y no de un estado lógico, discriminativo o argumental”.

Mallea no retrocede ante los problemas que habían surgido en su espíritu. Es lo que puede denominarse el heroísmo espiritual. Mallea no teme a los problemas espirituales, a las interrogaciones que pueden no obtener respuestas adecuadas y oportunas. “Volví con pasión a los atormentados, a “mis” atormentados: a mi Kierkegaard, a mi San Agustín, a mi Pascal. A estos hombres que no olvidaban su estado de desolación y sus compromisos con lo eterno. A estos hombres de cielo y de abismo, de llanura o de montaña, tremendamente enfrentados con las fuerzas que se levantan en su minuto contemporáneo y en su preocupación eterna, enfrentados con los conflictos del hombre y con los conflictos del infinito...”.

“¡Paciencia! ¿Es que he sentido alguna vez lo que esto significa? ¿Es que he tenido tiempo de saber lo que es quietud? Paciencia, quietud! Palabras de otro hemisferio!”. Mallea no conoce la quietud de los espíritus pusilánimes, de los espíritus cobardes que reposan pacientemente, provincianamente, sobre la vulgaridad de la propia existencia y de una difusa o aun inexistente concepción del mundo y de la vida.

“Hay que llegar a los terrenos del heroísmo y de la santidad”. Lo heroico y lo santo! Ordenar la materia o dirigir al Espíritu. Mallea dirige al Espíritu y ordena la materia, entregándose a ella dentro de una previa superación de la vida sensitiva del hombre.

\* \* \*

Mas no es puro subjetivismo, desnuda y asocial vida anímica la existencia espiritual de Eduardo Mallea. Ella goza de un claro sentido social, histórico, objetivo.

Mallea ha vivido la Argentina, ha "sido" la Argentina a través de sus problemas espirituales. "Yo no sentía a la Argentina en cualquiera de los posibles modos de "hacer en ella"; la sentía de otra manera, la sentía "siéndola". Lo que equivale a significar que la sufría, que la hacía no desde fuera, sino desde mí, en mí". El hombre y el Espíritu en función de la Sociedad.

Son los terribles medios, dice Mallea, "los que tienen vigencia en la vida de los argentinos". "El instinto no carece de fines; sus fines son primarios, pero fines en definitiva. La inconstante marea humana que constituye la Argentina visible conoce exclusivamente la entronización de los medios. Los hombres que forman y agitan esa ola humana son medios ellos mismos, medios que se multiplican a sí mismos sin perder la condición de medios, medios que buscan tener "más medios".

Esta transformación de los medios en fines ha ocasionado los problemas actuales de la argentinidad, problemas que han hecho irrupción —el Espíritu en función de la Sociedad—, en la vida espiritual compleja y dialéctica del insigne autor argentino.

El problema de la Argentina es el siguiente, explicado en la prosa pulcra y brillante de Eduardo Mallea: "Desde los tiempos de la organización nacional el trabajo de la Argentina visible ha sido de más en más un trabajo sin ensueño, un trabajo desprovisto de espiritualidad. Físicamente, en el sentido de la civilización confortable lo que se ha hecho es enorme; espiritualmente, en el sentido de la cultura, lo que se ha hecho es nada, lo que se ha hecho es regresar, regresar sin medida, perder terreno cada día". "Es precisamente el estado de "no arriesgarse", de vivir sin prolongaciones...; contento sin gloria, contento de conformidad, contento de los aburridos en una monótona distracción; contento del animal de especie inferior, del topo o el lagarto que se solea y como fundamental función, asimila; contento de la satisfacción mísera que no osa ser alegría, dar un paso para ser gozo, correr peligro de ensombrecerse para tomar el pique heroico y mejorar, excederse".

Mas hay una Argentina invisible, una Argentina que no se ve, pero que encierra las posibilidades culturales que permitirán eliminar los problemas que agobian a la Argentina eterna y ecuménica, no a esa Argentina barroca y visible, representativa y vulgar.

"Quiere decir que había un hombre argentino visible y otro hombre argentino no visible, silencioso, obstinado, conmovido y la-

borioso en el fondo tremendamente extenso del país, en las estancias, las provincias, los pueblos, las selvas, los territorios. Y aun en la ciudad, mas en la ciudad profunda, no en la fácil, no en la inmediata”.

“Había que mirar con otros ojos, más fidedignos, más difíciles, más profundos para ver la otra forma considerablemente más consistente, incalculablemente más íntegra en su resistencia de cuerpo y moral: la forma interior de este pueblo, la Argentina invisible”.

En esta excelsa obra de Eduardo Mallea se muestra, se indica el método, la senda, el procedimiento que debe seguirse para descubrir la Argentina invisible. En ese sentido ha podido afirmar el profesor Francisco Romero que hay una innegable y evidente analogía entre la “Historia de una pasión argentina” y el “Discurso del Método” del filósofo francés. “El filósofo francés y el meditador argentino, declara Romero, dibujan ante nosotros con rasgos inolvidables el contorno preciso de sus hallazgos respectivos: el ser de las cosas el primero, la substancia de la argentinidad el segundo. Ni uno ni otro nos presenta dogmáticamente lo que encontró. Ambos nos comunican sus métodos, nos invitan a comprobar la verdad del resultado contándonos cómo lo obtuvieron”.

Mallea descubre, nos muestra el contenido psicológico y humano de la Argentina invisible, del hombre argentino invisible. Es la exaltación severa de la vida, es el ánimo de donación y el ánimo de libertad. “En ellos residía sobreviviendo una causa espiritual eminentemente argentina, un sentido de la existencia. Privativo de ellos, propio y auténtico. Y a ese sentimiento le llamé: “una exaltación severa de la vida”. Propia del argentino profundo, del verdadero, del que es raíz humana y no follaje, garrulería y representación”. Qué es la “exaltación severa de la vida”? Mallea lo explica: “Exaltación es ya por sí acto de elevar; tal vez el poder de exaltarse, el poder de exaltarse por una idea, por una experiencia, por una fe, tal vez el poder de exaltarse sea la categoría que más diferencia la condición humana de la condición del resto de las especies vivas. Exaltarse es un acto generalmente espiritual y si a esto se agrega la circunstancia de severidad —es decir: de ánimo que piensa sin trivialidad y obra consiguientemente— ya se salva de ser una exaltación inferior, que es la exaltación por embriaguez, y es exaltación trascendente por aquello de que toda moral real trasciende al hombre dignificándolo, haciéndolo señor de sí, es decir, más que sí, poseedor de sí a discreción”.

“Lo que lleva a exaltar severamente la vida a aquellos que

viven sin perder pie en la tierra, es un coraje del hombre fuerte ante una oposición primaria y desordenada de la naturaleza. Una forma de mística, una forma de heroísmo”.

\* \* \*

La obra de Eduardo Mallea ha sido producida dentro de especiales condiciones históricas. Ya se han explicado en las primeras páginas de esta recensión. Mas es a pesar de ello, o más exactamente por ello mismo, una obra ecuménica. El hombre es universal cuando se une íntimamente con las condiciones sociales que lo rodean y superándolas espiritualmente, descubre los valores eternos del hombre, los conflictos humanos y universales del hombre. Hay entonces una evasión a lo humano dentro de una vinculación indestructible con las realidades sociales e históricas.

En esta impresionante y dura autobiografía escrita ágil y espléndidamente, se expresan estados espirituales que tienen una total vigencia ecuménica. La angustia, el problema trágico de la vida y del hombre, el heroísmo desafiante y tranquilizador ante los conflictos internos, hallan en las páginas de la “Historia de una pasión argentina” una afortunada descripción. Es en este sentido la obra del autor argentino, la historia de una pasión humana que ha surgido, se ha desarrollado y ha culminado dentro de determinadas condiciones históricas. Es decir, la obra de Mallea tiene una clara ubicación histórica pero disfruta simultáneamente de un indestructible sentido humano universal.

La Nación austral encierra magníficas e imperecederas posibilidades culturales que nos permiten abrigar una noción optimista respecto al destino y los rumbos futuros de la cultura argentina. De la actual indudable crisis cultural la patria de Alberdi surgirá plena y totalmente vigorosa en su ruta ascendente hacia la estructuración de una humana y universal cultura.

